

“Responso para un bandolero” relata la aventurera vida de Segundo Catalán

Enrique Volpe desenfunda sus armas

Acogió en su casa a innumerables personajes que llenaron sus oídos de las más increíbles historias. Yerbateros, brujos, arrieros y bandoleros son los mismos que hoy desfilan a través de sus páginas.

ALEJANDRA RIVERA

Santiago

Dicen que duerme con un arma de fuego todas las noches. Dicen también que una pequeña pistola con culata de nácar lo acompaña cuando escribe poesía, la que cambia por una daga con signos esotéricos cuando es prosa la que emerge de su pluma. Y es que Enrique Volpe, “el poeta de armas tomar”, como lo llaman algunos, se crió en el campo chileno en la época en que bandoleros y brujas hacían de las suyas.

Volpe escribe de lo que se sabe. Es así como hace unos seis años se sentó en su escritorio y en sólo cuatro días dio vida a la novela *Responso para un bandolero*, obra que acaba de ser editada por Lom Ediciones y en la cual relata la vida de Segundo Catalán, quien fuera un famoso bandido rural de la cuesta de Chacabuco, a principios de este siglo.

De profesión técnico agrícola, este piamontino de nacimiento, pero avecinado en Chile desde los diez años, decidió dedicarse por entero a la vida campestre. Fue en Linares donde comenzó a contactarse con la montaña y la tradición campesina que lo llevaron en 1958, a la edad de veinte años, a hacerse cargo de una parcela en La Florida. Allí partió su vida rústica, pero también la literaria, pues al año siguiente publicó su primer libro de poesía *Cabaña entre las rosas*, al mismo tiempo que cultivaba la amistad de Juvencio Valle y de Diego Dublé Urrutia.

Posteriormente vino *Días de Sal y Cenizas*, cuatro de sus obras poéticas que fueron llevadas al mercado por la Editorial Rosas de Barcelona. Su consagración como poeta fue con *Crónica del adelantado*, publicado por Editorial Universitaria.

En *Responso para un badolero*



Enrique Volpe vierte en sus historias todo el conocimiento experiencial de la vida en la montaña, en el campo chileno de mediados de siglo.



El libro es editado por Lom.

el autor virtió todo el conocimiento experiencial de la vida en la montaña, en el campo chileno de mediados de siglo. Es que por esos años el poeta tenía un fundo en el sector del Cajón de Aculeo, en los alrededores de San Felipe, sector en el cual la luz y el agua potable brillaban por su ausencia, lo que a juicio del autor hacía las jornadas “muy tediosas”.

Pero nada mejor para el aburrimiento que las historias del campo chileno. Es así como el escritor, despojándose de todo prejuicio social, acogió en su casa, a la luz de las brasas que asaban algún pedazo de carne, a innumerables personajes que llenaron sus oídos de las más increíbles historias. Yerbateros, brujos, arrieros y bandoleros, los mismos que hoy desfilan a través de las páginas de sus libros, llevaban las buenas nuevas a quien consideraban un amigo que estaba dispuesto a escuchar y comprender.

Código de honor

Fue allí, en los largos días campesinos, donde Enrique Volpe conoció de cerca la realidad de estos bandidos rurales, los que muchas veces eran simples campesinos hasta con un “código de honor”. En las páginas de su obra rescata el “alma del bandido, el sentido de fatalismo y la resignación a su destino que nada tiene que ver con los delincuentes de hoy. Ellos tenían honor”, explica el autor.

La novela no es sólo un relato de experiencias sueltas. Está

inserta en un contexto histórico donde Volpe, con su pluma despreocupada y ágil, se encarga de dejar en claro lo que él consideraba las aberraciones de la época. Un ejemplo de ello es la descripción de la muerte inhumana que dan carabineros a un delincuente de la época.

La novela, una mezcla de ficción y realidad, evoca la picardía chilena y todo lo que el campo chileno de antaño tenía, sus cantores, santones y todo. Enrique Volpe escribe y da la partida: “*El era don Segundo Catalán, todo un señor bandolero del pasado, un bandido campesino de alta alcurnia, un totem esculpido en un trozo de granito de los cerros más escabrosos, y con un puma viejo y un cóndor viejo trabajados en una perenne lucha dentro de sus venas; pues cuando aún era muy niño y cuidaba cabras y ovejas en las pequeñas mesetas al interior de los cerros de Conchalí y Chicureo, había tomado la costumbre de soñar despierto, y en esos sueños rústicos y fantasiosos se le había puesto en la mente que dentro de su sangre, habitaban un puma y un cóndor, siempre trabados en una larga lucha a muerte.*”

ELIZABETH ALLEN